

BRUTO.—Y el segundo bullicio ¿de qué provino?

CASCA.—De lo mismo.

BRUTO.—Tres veces aclamaron. ¿Por qué la última vez?

CASCA.—Pues, por lo mismo.

BRUTO.—¿Tres veces le fué ofrecida la corona?

CASCA.—Tres veces, á fe mía, y tres veces la apartó—cada vez más suavemente que la anterior—y en cada vez mis honrados vecinos vociferaron.

CASIO.—¿Quién le ofreció la corona?

CASCA.—Antonio, por cierto.

BRUTO.—Decidnos de qué manera, amable Casca.

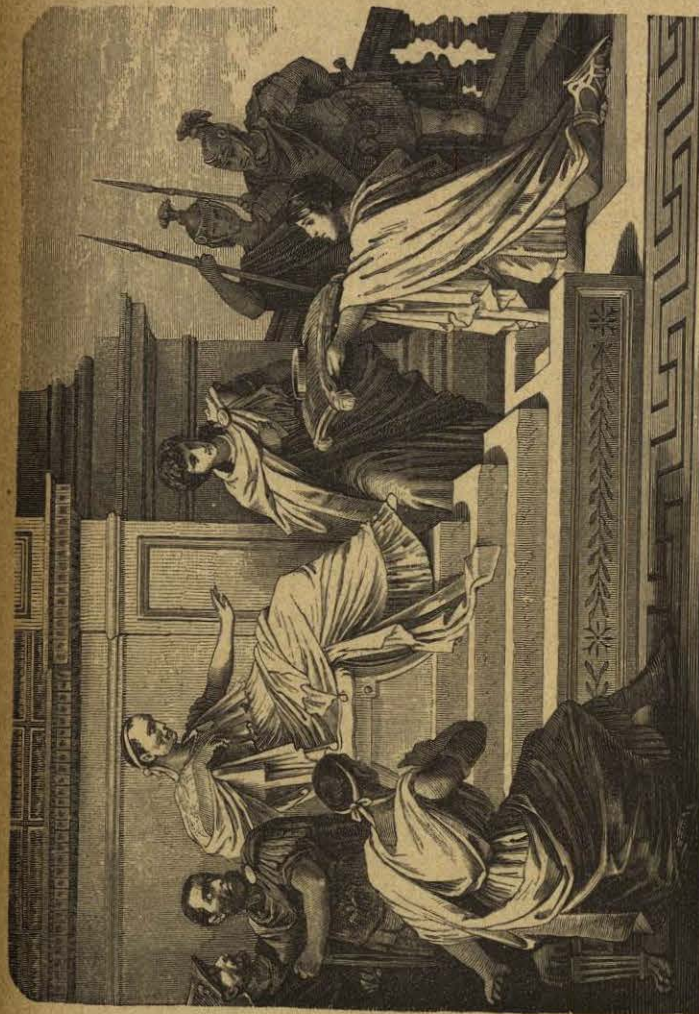
CASCA.—Que me ahorquen si puedo decir el cómo se hizo. No fué más que una tontería y apenas me fijé en ello. Vi á Marco Antonio ofrecerle una corona—no, no era tampoco una corona; era una especie de coronilla,—y, como os he dicho, la apartó una vez; pero á pesar de todo, tengo para mis adentros que más le habría gustado tenerla. Se la ofreció luego por segunda vez, y volvió á apartarla; mas, á lo que barrunto, se le hizo muy pesado retirar de ella los dedos. Y en seguida se la ofreció por tercera vez, y por tercera vez la puso aparte. Al verle rehusar todavía, la turba vitoreó y batió palmas y arrojó por alto sus mugrientos gorros, y exhaló tal volumen de pestífero aliento porque César había rehusado la corona, que casi asfixió á César; pues se desmayó y cayó en el acto. Por mi parte no me atreví á reirme, de miedo de aspirar aquel aire al abrir los labios.

BRUTO.—Hablad con calma, os lo ruego. ¡Qué! ¿Se desmayó César?

CASCA.—Cayó en la plaza del mercado, arrojando espuma por la boca, y perdió el habla.

BRUTO.—Es muy verosímil. Padece de vértigos.

CASIO.—No. César no padece de vértigos. Somos vos y yo, y el honrado Casca quienes sufrimos vértigos.



Marco Antonio ofreciendo á César la corona

CASCA.—No sé lo que queréis decir en ello; pero estoy seguro de que César cayó. Y si no es verdad que el populacho palmoteó y lo silbó, según que él le agradaba ó le desagradaba, como suele hacerlo con los actores en el teatro, decid que no soy hombre de bien.

BRUTO.—¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA.—Antes de caer, cuando vió aquel rebaño de populacho alegrarse de que rehusaba la corona, me pidió abrir su gola, y les ofreció el cuello para que lo cortasen. Y á fe mía si yo hubiera sido uno de ellos, le habría tomado la palabra, aunque hubiese tenido que ir al infierno entre los bribones; y así cayó. Cuando volvió en sí dijo que si había hecho ó dicho cosa fuera de camino, deseaba que sus señorías lo atribuyesen á su enfermedad. Tres ó cuatro perdidos, exclamaron: «¡Ay! ¡qué alma tan buena!» y lo perdonaron de todo corazón; pero de esos no se puede hacer caso. No habrían dicho menos si César hubiese acuchillado á sus madres.

BRUTO.—¿Y después de esto se alejó así, lleno de tristeza?

CASCA.—Sí.

CASIO.—¿Dijo algo Cicerón?

CASCA.—Sí. Habló en griego.

CASIO.—¿Con qué objeto?

CASCA.—Pues si yo os lo dijera, nunca volvería á veros la cara. Pero los que le entendían se sonreían uno al otro y meneaban la cabeza. En cuanto á mí... aquello estaba en griego. También puedo daros más nuevas. Marulo y Flavio han sido reducidos á silencio por haber arrancado adornos de las imágenes de César. Adiós. Más tonterías hubo, pero no podría acordarme de todas.

CASIO.—¿Queréis cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA.—No. Ya he dado palabra á otro.

CASIO.—¿Queréis comer conmigo mañana?

CASCA.—Sí, si estoy vivo, si no cambiáis de idea, y si la comida vale la pena.

CASIO.—Bueno. Os aguardaré.

CASCA.—Enhorabuena. Adiós, amigos, uno y otro.
(Sale).

BRUTO.—¡Qué impetuoso carácter ha llegado á ser! Ya era hartó impulsivo cuando entró en la escuela.

CASIO.—Y lo mismo es ahora para ejecutar cualquiera audaz ó noble empresa, aún cuando reviste esa forma embarazosa. Su rudeza sirve para sazonar su buen sentido, y hace que las gentes saboreen más sus palabras y las digieran mejor.

BRUTO.—Así es en verdad. Por ahora os dejo. Si os place hablar conmigo mañana, iré á vuestra casa. Si preferís venir á la mía, os aguardaré.

CASIO.—Haré esto último. Y hasta entonces, reflexionad sobre el mundo.
(Sale Bruto).

Bien, Bruto, eres noble, y, sin embargo, veo que, dispuesto como está tu noble metal, se le puede elaborar. Y por esto conviene que las almas nobles estén siempre asociadas á sus semejantes; porque ¿quién hay tan firme que no pueda ser seducido? César apenas me tolera, pero ama á Bruto. Si yo fuese ahora Bruto y Bruto fuese Casio, César no me soportaría. Por diferentes manos haré arrojar esta noche por sus ventanas, escritos, como provenientes de varios ciudadanos, mostrando la alta opinión que Roma tiene de su nombre; y en ellos se insinuará con disimulo la ambición de César. Después de esto, ya puede César ver de asentarse firmemente, porque le derribaremos, ó habremos de sufrir días peores.
(Sale).

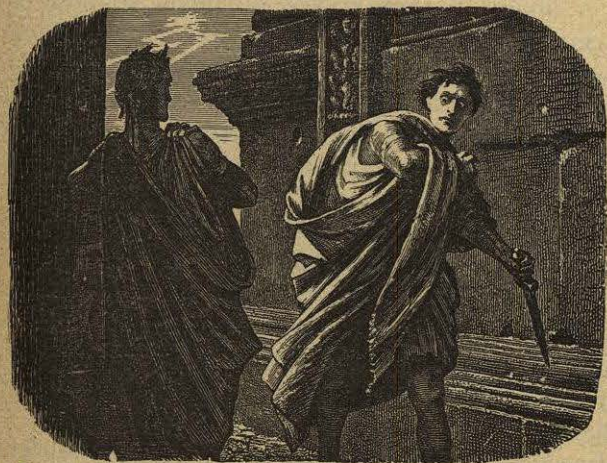
ESCENA III

Calle de Roma

(Entran Casio, Casca, Decio, Cinna, Metelio Cimber y Trebonio.)

CICERÓN.—Buenas tardes, Casca. ¿Habéis llevado á César á casa? ¿Por qué estáis sin aliento, y por qué miráis tan azorado?

CASCA.—¿No os conmueve el ver que todo el cimiento de la tierra se estremece como una cosa insegura?



¡Oh, Cicerón! He visto tempestades en que los vientos enfurecidos hendían los nudosos robles. He visto henchirse el ambicioso Océano, embravecerse y cubrirse de espumas por levantarse hasta las nubes amenazantes. Pero nunca hasta ahora he pasado por una tempestad que destile fuego. O hay en el cielo una guerra intestina, ó el mundo demasiado malo para con los dioses, los provoca á enviar la destrucción.

CICERÓN.—¡Pues qué! ¿Habéis visto algo aún más asombroso?

CASCA.—Un esclavo ordinario (le conocéis bien de vista) alzó la mano izquierda que brotó llamas y ardió como veinte teas juntas. Y, sin embargo, esa mano, insensible al fuego, permaneció ilesa. Además (y desde ese instante no he vuelto á envainar mi espada), me encontré junto al Capitolio con un león que me miró fijamente y se alejó encolerizado, sin molestarme. Y sobre un montículo había agrupadas cien mujeres, pálidas, demudadas por el espanto, que juraban haber visto hombres enteramente envueltos en llamas, que paseaban las calles arriba y abajo. Y ayer el ave nocturna se posó aún en mitad del día sobre la plaza del mercado gritando y chillando. Cuando tales prodigios coinciden de tal modo, nadie diga: «Son causas naturales»—sus razones son estas;» porque creo que son portentos llenos de pronósticos para los lugares donde aparecen.

CICERÓN.—Ciertamente, este es un tiempo asaz extraño. Pero los hombres pueden interpretar las cosas á su modo, sin que entre en ello para nada el fin á que las cosas mismas se encaminan.—¿Vendrá César mañana al Capitolio?

CASCA.—Vendrá porque requirió á Antonio para avisarnos que estaría allí mañana.

CICERÓN.—Buenas noches, pues, Casca. Este cielo perturbado no está como para paseo.

CASCA.—Adiós, Cicerón. (*Sale Cicerón*).

(*Entra Casio*).

CASIO.—¿Quién está ahí?

CASCA.—Un romano.

CASIO.—Por la voz, sois Casca.

CASCA.—Tenéis buen oído, Casio: ¿qué noche es esta?

CASIO.—Una noche muy grata á los hombres de bien.

CASCA.—¿Quién vió jamás el cielo amenazar así?

CASIO.—Los que han conocido cuán llena de delitos

está la tierra. En cuanto á mí, he recorrido las calles, arrojando esta noche de peligros; y desceñido como me veis, he desnudado mi pecho al granizo de la tormenta; y cuando el azulado oblicuo rayo parecía abrir el seno del cielo, yo me presenté en su propia senda y bajo su mismo estallido.

CASCA.—Pero ¿para qué provocasteis tanto á los cielos? Toca á los hombres temer y temblar, cuando los más poderosos dioses envían como señales heraldos tan terribles para despertar nuestra admiración.

CASIO.—Casca, no sois despierto. Os faltan esos destellos de vida que todo romano debería tener, ó al menos no os servís de ellos.—Estáis pálido, azorado, lleno de temor y de asombro al ver la extraña impaciencia de los cielos. Pero si consideraseis la verdadera causa de estos fuegos, de estos espectros que se deslizan; el por qué los decretos, los idiotas y los niños calculan; y las aves y bestias de diversa clase y calidad, y mil otras cosas cambian su naturaleza y sus innatas facultades por una condición monstruosa; entonces hallaríais que el cielo les ha infundido esta disposición para que sean instrumentos de temor y alarma para algún monstruoso estado de cosas. Ahora podría yo, Casca, nombraros á un hombre por demás parecido á esta terrible noche; hombre que truena, lanza rayos, abre sepulcros y ruje como el león del Capitolio: un hombre que en acción personal no es más poderoso que vos ó yo; pero que ha crecido prodigiosamente y es temible como lo son estas extrañas erupciones.

CASCA.—Aludís á César, ¿no es así, Casio?

CASIO.—Sea á quien fuere; porque ahora los romanos tienen miembros y fuerza como sus antepasados; pero mientras tanto ¡oh desventura! el espíritu de nuestros padres está muerto, y sólo

nos anima el de nuestras madres; pues nuestro yugo y sumisión muestran que somos afeminados.

CASCA.—En verdad, se dice que los senadores se proponen entronizar mañana á César, como rey; y que llevará su corona por mar y tierra en todas partes excepto aquí en Italia.

CASIO.—Entonces, ya sé dónde he de usar este puñal. Casio libertará de la esclavitud á Casio. Por ello ¡oh dioses! tornáis á los débiles en los más fuertes; y por ello ¡oh dioses! vencéis á los tiranos. Ni las torres de piedra, ni los muros de bronce forjado, ni la prisión subterránea, ni los fuertes anillos de hierro, pueden reprimir las fuerzas del alma; porque la vida cansada de estas barreras del mundo, jamás pierde el poder de libertarse á sí misma. Y pues sé esto, sepa además todo el mundo, que de la parte de tiranía que sufro me puedo sustraer cuando quiera.

CASCA.—También lo puedo yo. Cada siervo lleva en su propia mano el poder de acabar su servidumbre.

CASIO.—Y entonces, ¿por qué habría de ser un tirano César? ¡Pobre hombre! Bien sé que no querría ser él un lobo si no viera que los romanos son ovejas; ni sería león si no fueran los romanos ciervos. Los que quieren encender un gran fuego, principian por algunas débiles pajas. ¿Qué hez es Roma, qué desecho, qué escombros, cuando sirve de materia y base para iluminar una cosa tan vil como César? Mas ¡oh dolor! ¿adónde me has llevado? Tal vez hablo esto ante un cautivo voluntario, y entonces ya sé cuál tiene que ser mi respuesta; pero estoy armado y no me importan los peligros.

CASCA.—Habláis á Casca, á un hombre que no es un decididor de chascarrillos. Tomad mi mano. Alzad el grito porque se remedien todos estos males, y no habrá quien dé un paso más adelante que yo.

CASIO.—Pues queda convenido. Sabed ahora, Cas-

ca, que he movido á ciertos de los más dignos y generosos romanos á acometer conmigo una importante empresa llena de honroso peligro. Y sé que ahora me aguardan en el pórtico de Pompeyo, porque en tan terrible noche como esta no hay movimiento ni paseo en las calles; y nos favorece que la condición de los elementos sea, como la obra que tenemos en mano, la más sangrienta, fiera y terrible.

(*Entra Cinna*).

CASCA.—Quedad oculto un momento.—Alguno viene aprisa.

CASIO.—Es Cinna. Le conozco por los pasos. Es amigo. Cinna, ¿dónde tan á prisa?

CINNA.—En busca vuestra. ¿Quién es ese? ¿Metelio Címber?

CASIO.—No. Es Casca: un afiliado á nuestro intento. ¿Me aguardan, Cinna?

CINNA.—Me alegro de ello. ¡Qué terrible noche! Dos ó tres de nosotros hemos visto extrañas visiones.

CASIO.—¿Me aguardan? Decídmelo, Cinna.

CINNA.—Sí, se os aguarda. ¡Oh Casio; si pudierais solamente atraer al noble Bruto á nuestro partido!

CASIO.—Estad satisfecho.—Tomad, buen Cinna, este papel y cuidad de ponerlo en la silla del pretor, donde Bruto pueda hallarlo; arrojad éste por su ventana; fijad éste con cera en la estatua del antiguo Bruto: y hecho todo, encaminaos al Pórtico de Pompeyo donde nos hallaréis. ¿Están allí Decio Bruto y Trebonio?

CINNA.—Todos, excepto Metelio Címber, que ha ido á buscaros á vuestra casa. Bien: me apresuraré á distribuir estos papeles como me pedís.

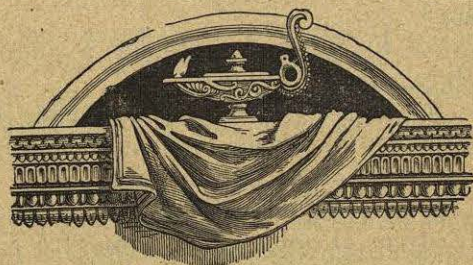
CASIO.—Una vez hecho, dirigíos al teatro de Pompeyo. (*Sale Cinna*).—Venid, Casca. Todavía veremos ambos á Bruto en su casa antes de amanecer. Tres cuartas partes de él son ya nuestras; después de la próxima entrevista, tendremos todo el hombre.

CASCA.—¡Oh! ¡El ocupa un puesto muy alto en

todos los corazones del pueblo! Y aquello mismo que en nosotros parecería delito, se transformaría por su sola presencia, como por la más rica alquimia, en dignidad y en valía.

CASIO.—Bien habéis estimado á Bruto, su valer y la gran necesidad que tenemos de él. Marchémosnos; pues es pasada la media noche, y antes del día le despertaremos y contaremos con él.

(Salen).



ACTO II

ESCENA PRIMERA

El huerto de Bruto, en Roma

Entra BRUTO

BRUTO

¡Ea, Lucio! ¡Hola!... No puedo calcular por la marprofundamente.—¿Hasta cuándo? ¡Despierta! Despierta, digo.—¡Ea, Lucio! *(Entra Lucio).*

LUCIO.—¿Habéis llamado, mi señor?

BRUTO.—Coloca una lámpara en mi estudio, y encha de las estrellas lo que falta para el día. ¿Oyes Lucio? Ya quisiera yo tener el defecto de dormir tan cendida que sea, vendrás aquí á llamarme.

LUCIO.—Así lo haré, señor. *(Sale).*

BRUTO.—Tiene que ser por su muerte.—En cuanto á mí no tengo para menospreciarle ninguna causa pesonal, sino la de todos. El desearía coronarse. Cómo pueda cambiar esto su naturaleza, hé ahí el problema.—Es el día brillante el que hace salir á luz la serpiente, y esto aconseja caminar con cautela.—¿Coronarlo? Sea.—Y entonces, de seguro ponemos en él un estímulo por el cual pueda crear